

Buenas tardes a todas y todos. Bienvenidas y bienvenidas a este acto de justicia y de reparación de la memoria democrática de las mujeres de Valladolid represaliadas por el franquismo, más de 120 mujeres asesinadas y centenares de encarceladas, según los datos de la ARMH de Valladolid, en una ciudad y provincia donde nunca hubo frente de guerra.

Poema del olvido

El olvido es una muerte que te golpea como un rayo,
una pesadilla que no sabe del día y de la noche,
una lápida estéril que contradice tus ojos.

El olvido es un enorme cementerio,
una sementera del crimen.

Los recuerdos no son dolorosos,
doloroso es callar, silenciar, amordazar,
expulsar del corazón la vida que nos sueña,
romper la leche contra la tierra sin nombre,
enterrar a los vivos en el estampido del olvido.

El asesino se especializa en la memoria de sus pasos,
las víctimas, solo viven si las hospedas en tu recuerdo,
nuestros muertos nos visitan con las manos llenas
¿qué sería sin su memoria esta tarde tan larga?

Solo los muertos no guardan recuerdo de los muertos,
los recuerdos nos arman para inventar regresos
para no sucumbir a la mediocre cosecha de la codicia y de la trampa,
a la escombrera hedionda del que amasa muerte
hasta hacer de su vida un cementerio de oquedades.

La memoria hace imposible ser muertos vivientes.
y sabemos que no hay canto que se silencie si el silencio habla.

Encendamos el sol cada día para hacer el pan de justicia
bajo el árbol de los vuelos,
los que somos libres, sin permiso de nadie y sin dueños.
Si compartimos la palabra y el techo,
la resistencia y la risa,
jamás masticaremos el olvido
ni con los párpados de soñar la tierra.

Lo que he leído es parte es un poema de Juan Carlos Valle, más conocido como Karlotti, escritor que siempre ha estado vinculado a nuestra ciudad y con el que me parecía conveniente empezar.

El 8 de marzo, el Ayuntamiento de Valladolid honró en un acto institucional a las mujeres que fueron perseguidas, encarceladas y asesinadas por defender la libertad, la igualdad de género y la justicia social. Hoy vuelvo a mostrar nuestro agradecimiento a todos los grupos municipales demócratas que aprobaron en el pleno municipal del pasado 5 de abril iniciar este necesario recorrido por nuestra memoria, y que hoy se hace explícito con la inauguración de esta placa. Y, por supuesto, gracias a las autoridades universitarias y a quienes de forma individual, asociativa o institucional han hecho posible este día.

Años de propaganda y de silencio obligado durante la dictadura, y de olvido a veces premeditado durante la democracia, no debían seguir impidiendo por más tiempo saldar la deuda que teníamos con estas mujeres.

Estamos en la fachada de la antigua cárcel vieja, situada en el histórico palacio de Chancillería de la ciudad, lugar que ya se encontraba en un estado lamentable a principios del siglo XX.

Con la llegada de la II República, y siguiendo la nueva política penitenciaria de Victoria Kent para dignificar las cárceles, se cerró este presidio y se construyó uno nuevo, que fue inaugurado el 20 de julio de 1935, en lo que actualmente es el Centro Cívico Esgueva, a escasa distancia de aquí.

Tras el golpe de Estado, con el comienzo de la brutal represión, se tuvieron que habilitar otros espacios carcelarios para encerrar a las miles de personas detenidas y fue entonces cuando, desde el día 19 de julio de 1936, se reabre esta cárcel vieja, que a partir del mes de septiembre de 1937 se configura como presidio exclusivo de mujeres.

Aquí se hacinaron centenares de mujeres procedentes tanto de Valladolid capital como de la provincia y de otros establecimientos penitenciarios del resto del país. En condiciones deplorables, conviviendo con ratas y todo tipo de miserias humanas, ocupando todos los espacios (pasillos, patio y rellanos), estuvieron encerradas mujeres de 15 a 67 años, obreras de todo tipo de oficios, maestras, dirigentes políticas y sindicales y otras muchas que trabajan en sus casas.

En el QR que se aloja en la placa se puede acceder a la investigación realizada junto a mis imprescindibles compañeros Josema Rodríguez y Gonzalo Franco, así como a un trabajo de Diego Fernández que estudia la represión específica que tuvo lugar dentro de estos muros. La información está alojada en la página de Memoria histórica de la Fundación Jesús Pereda de CCOO de CyL, sin cuyo decidido apoyo no podríamos estar hoy

aquí. Por ello, reiteramos nuestro más sincero agradecimiento a Raúl García, delegado provincial de CCOO de Valladolid, y a Ignacio Fernández, presidente de la Fundación, por su activa e imprescindible colaboración.

Voy a insistir en lo que dije el pasado 8 de marzo: estas mujeres sabían muy bien lo que perdían el 18 de julio y por eso formaron parte de la resistencia frente al golpe de Estado y el franquismo de múltiples maneras.

Nuestras vecinas no fueron solo víctimas subsidiarias de la represión, ellas habían participado de la nueva cultura republicana y tuvieron un papel activo en la lucha social, en la enseñanza, en la sanidad, o en tareas de solidaridad, desde donde defendieron la igualdad de género, la educación sexual o la ayuda a los más desfavorecidos. Fueron castigadas por pertenecer legalmente a partidos, sindicatos o asociaciones de ideologías progresista, republicana, socialista, comunista, anarquista, pero también por ser mujeres libres que traicionaron el papel de género que la nueva ideología tenía destinado para ellas. Y su olvido se debe a la doble condición de víctimas: por «rojas» y por «mujeres».

La mayoría eran presas gubernativas, nunca fueron juzgadas, estuvieron a disposición del gobernador civil y permanecieron en la cárcel el tiempo que arbitrariamente les asignaba la autoridad franquista. Por aquí pasaron algunas de *nuestras rosas vallisoletanas*, y aquí se aplicó la represión de género con todo tipo de humillaciones (rapados, aceite de ricino, violencia sexual...).

Cuando los sublevados impusieron su régimen de terror, las encerraron junto con todos sus sueños, pero ellas siguieron siendo valientes y generaron espacios para la esperanza, la resistencia y la

solidaridad que les permitieron sobrevivir física y psicológicamente. Las presas celebraron los éxitos del Ejército republicano, transmitieron la memoria democrática en cartas y canciones, no descuidaron su educación ni sus condiciones físicas y mentales, y lucharon por cambiar la estructura humillante que se ejercía sobre ellas.

Cuando salieron de la cárcel, al igual que las que estaban fuera señaladas por los vencedores, tuvieron que reconstruir sus vidas y familias desde las cenizas, pero también fueron las guardianas de la memoria democrática y se convirtieron en las protagonistas de unas resistencias cotidianas que fueron fundamentales para debilitar el poder y deslegitimar la dictadura.

Han sido muchos los años durante los que los poderes públicos han mirado hacia otro lado tratando de configurar una imagen modélica de la Transición que no trajo la justicia para quienes la esperaban y la merecían.

Comentarios como memoria histórica, pelea de nuestros abuelos, ganar en los libros la guerra que perdieron en el campo de batalla o subcampeones de 1939 son fruto de una ignominia que demuestra que no solo necesitamos leyes, sino también un auténtico proceso pedagógico para mejorar la calidad democrática de nuestro país. Es imperioso generar una conciencia crítica cimentada en los derechos humanos para entender que la intolerancia no tiene cabida en una democracia, que la adquisición de los derechos sociales es un proceso continuo en el que resulta básico seguir defendiendo los ya conseguidos. Y nunca debemos caer en la equidistancia del argumento “Todos cometieron errores”. Si todos han sido culpables, al final nadie es responsable.

Por eso son tan importantes actos como este, por eso hay que nombrar a estas mujeres, conocer sus vidas y su contribución imprescindible en el establecimiento de las bases de una sociedad democrática e igualitaria.

Su valentía y determinación deben seguir inspirándonos a toda la ciudadanía. Cada vez que las recordamos, recuperamos también los valores por los que lucharon y por los que todas y todos tenemos que seguir haciéndolo.

Nuestro país no necesita más silencio, más miedo y más olvido, lo que necesita es VERDAD, JUSTICIA Y REPARACIÓN.

El verdadero triunfo de los vencedores se sigue manifestando en cada fosa que no se abre, en cada símbolo franquista que no se quita, en cada víctima que no se siente amparada por el Estado, en cada lugar, como este, que no se resignifica democráticamente con orgullo.

El rastro de su ruin victoria está tan instalado en nuestro ADN que seguimos teniendo reparos y pudor para mostrar alegría pública por nuestro pasado republicano. La II República manifestó numerosas contradicciones y cometió muchos errores, pero fue elegida en las urnas y fue el primer régimen democrático de nuestro país aplastado por un golpe de Estado, y las mujeres que estuvieron aquí encerradas perdieron todo por defenderla. Así que defendiendo la alegría como una trinchera y recordando a Almudena Grandes ¡Viva la República!